

CRISTOBAL GARCIA MONTORO

## MALAGA EN 1862: LA EXPOSICION PROVINCIAL DE PRODUCTOS

### 1.—*Significado y objeto de las Exposiciones Industriales.*

Con el triunfo de la revolución industrial, los avances de la civilización material experimentaron una fuerte aceleración. En un proceso que en adelante habría de resultar irreversible, los descubrimientos, las transformaciones tecnológicas, se sucedieron vertiginosamente superando métodos y capacidad de producción. Una nueva época se iniciaba bajo el signo del maquinismo, el más deslumbrante de cuantos elementos integraron el formidable despliegue industrial.

Los hombres del siglo XIX bien pronto encontraron la forma de pregonar los progresos realizados y manifestar públicamente el orgullo que sentían. Las Exposiciones Industriales, o de productos que respuntean la centuria a lo largo de una geografía cambiante aunque reducida al ámbito privilegiado del mundo occidental, respondieron en buena parte a tales propósitos, (1).

Consideradas como «verdaderos congresos de la paz» y vínculo de «unión de todos los pueblos que componen la gran familia de la humanidad», sus panegiristas encontraron en estos acontecimientos una muestra clara de la distancia que les separaba de épocas pasadas. En este sentido se expresaba un comentarista de la Exposición Universal de Londres de 1851: «¡Cuántos cambios en cincuenta años! ¿Qué significan hoy día esos obeliscos de piedra y de bronce elevados a la memoria de algunas de esas funestas jornadas en las cuales millares de hombres sucumbían bajo el acero o la metralla y que les llaman victorias o derrotas según el mayor o menor número de viudas y de huérfanos que dejan?. ¿No son esos los vestigios de un siglo de barbarie en el que no se conocía otra lógica que la metralla ni se concebía otro progreso que el de la mortandad y el encarnizamiento?. No se dirá lo mismo del Palacio de Cristal que domina el parque inmenso de la Serpentina. No se dirá que ha sido levantado para recordar el triunfo de la barbarie y de la fuerza sino para eternizar el de la civilización y la inteligencia. Es el invernáculo de la industria donde cada nación ha colocado sus flores más preciosas y sus más ricos productos». Y más adelante enumeraba solemnemente los países participantes en el magno suceso así como las «maravillas» allí presentadas: «Caballos de hierro más rápidos que la gazela (sic) o el reno; hilos sobre los cuales viaja el pensamiento más pronto y tan luminoso como el relámpago; máquinas que cortan un trozo de hierro con la misma facilidad con que tejen un hilo de cristal; (...) posibilidad de someter por doquiera a la voluntad humana la materia rebelde, de hacer labrar un campo por un esclavo de bronce lleno de agua hirviendo, de reanimar la tierra agostada arrojando en ella algunos puñados de una amalgama química, de multiplicar las recolecciones y las vendimias hasta el punto de hacer el pan y el vino de más fácil adquisición para todos que el fruto silvestre y el agua del torrente», (2).

(1) Londres, 1851; París, 1855; Londres, 1862; París, 1867; Viena, 1873; Filadelfia, 1876; París, 1878; Sidney, Melbourne, Amsterdam, Amberes, Nueva Orleans; Barcelona, 1888; París, 1889 y 1900. He aquí los principales hitos en la «marcha triunfal de la civilización industrial». (SCHNERB, R.,—*El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea*. Vol. 6.º de la *Historia general de las civilizaciones*. Barcelona, 1969, 6.ª ed. p. 171.)  
(2) *Palacio de Cristal en Londres. Exposición de la Industria Universal. Año 1851*. Artículo firmado con las iniciales L. Y. publicado en la «Revista Pintoresca del Avisador Malagueño», 6 de octubre de 1851, pp. 308-309.

Pero también las Exposiciones fueron interpretadas como un homenaje al genio y a la laboriosidad; al genio creador que penetra los secretos de la naturaleza e impulsa el progreso material; y al trabajo, que conserva y perfecciona, que es «fuente de bienestar físico y moral del individuo», que aumenta la riqueza individual y nacional (3).

Universales, nacionales o provinciales, cada tipo de Exposición tiene un significado y una utilidad. Las primeras eran consideradas como «las fiestas del género humano» glorificado por sus obras; «son el anchuroso circo donde los gladiadores de la inteligencia y del trabajo se disputan el premio», un premio del que en definitiva todos se sienten partícipes. Las segundas «representan la vida de un pueblo»; son el «espejo de sus adelantos» y de ellas pueden extraerse numerosas lecciones; por ejemplo, permiten conocer las necesidades apremiantes del país y apreciar «los efectos de una legislación entrometida que ahoga la libertad del individuo y seca las fuentes del capital». Finalmente las exposiciones provinciales, más modestas, tienen también su sentido: de una parte reflejan quizá mejor que las anteriores los avances realizados o por el contrario la pérdida de impulso; de otra, hacen justicia a la pequeña industria, esa «industria humilde que entorpecida por la falta de capital y entregada al trabajo de las manos lucha a brazo partido con la miseria, la industria del artesano que se agita entre dificultades sin cuento y pocas veces logra arribar a la orilla de una modesta medianía, esa industria que no puede concurrir a las grandes exposiciones viene aquí y recibe el galardón de sus desvelos»; al mismo tiempo son «fiestas de familia», donde quienes ya se conocen por haber nacido en un mismo lugar aprenden a estimarse más por la comunidad de sus esfuerzos, (4).

En todo caso, quedaba fuera de duda la utilidad de estas solemnidades industriales y su carácter beneficioso para la vida económica y para el progreso en general. Además, como decíamos al principio, contribuyeron a henchir el orgullo de una época que se distinguió por un desmesurado optimismo. La euforia les hacía exclamar frases como ésta: «Un día de hoy vale más que un siglo de ayer», (5).

## 2.—Las primeras Exposiciones en España.

En nuestro país, este tipo de celebraciones no pudo alcanzar gran relieve hasta fechas tardías debido al retraso industrial de la nación respecto al grupo de países pioneros de la Europa Occidental y Central. No obstante, en los años finales del reinado de Fernando VII, tuvieron lugar ya las primeras exposiciones industriales de carácter nacional por iniciativa del ministro López Ballesteros. El 30 de junio de 1827 se abrió al público la primera, a la que concurren 297 expositores. En julio del siguiente año se celebró la segunda que congregó a 320, y tres años más tarde, concretamente el 20 de mayo de 1831, se inauguró la tercera, a la que asistieron solamente 228 expositores. Después, la guerra civil impidió que se hicieran nuevas convocatorias (de acuerdo con un decreto de 1827 tendrían que haberse efectuado con carácter trienal) y hasta 1841 no pudieron reanudarse, si bien sólo a partir de 1844-1845 coincidiendo con los comienzos de la Década Moderada, es cuando empiezan a proliferar y despiertan cierto interés en el extranjero, como lo prueba la presencia en Ma-

(3) Discurso pronunciado por don Vicente Martínez Montes, director de la Sociedad Económica de Amigos del País de Málaga al comienzo de la sesión de adjudicación de premios de la Exposición de 1862. «Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País de Málaga», Año 3.º número 31-32 (julio-agosto de 1863), pp. 97-98.

(4) *Memoria de la Exposición Provincial celebrada por la Sociedad Económica de Amigos del País de Málaga en abril y octubre de 1862*, redactada por el secretario de la entidad don José Carvajal Hué. *Ibidem*. pp. 100-101.

(5) *Ibidem*.

drid del Sr. Blanquí, comisionado del Gobierno francés para visitar la Exposición de la capital de España de 1845, (6).

La participación andaluza en estas primeras muestras fue siempre notable, destacando las provincias de Sevilla y Málaga, donde, como es sabido, habían surgido por aquellas fechas unos focos industriales que en pocos años experimentaron un fuerte desarrollo: nos referimos a la siderurgia de Río Verde, cerca de Marbella, Málaga capital y El Pedroso en la provincia de Sevilla, (7). De los altos hornos marbellíes se presentaron productos por vez primera en la Exposición de 1831. En la de 1845 figuraba «una rica colección de hierros tirados y moldeados de la ferrería La Constancia del Sr. Heredia», (8).

El fuerte desarrollo industrial experimentado por la ciudad de Málaga y algún punto de su entorno –Málaga llegó a convertirse en la segunda provincia industrial de España, detrás de Barcelona, hacia 1850 (9)– permiten explicar que en ella surgieran iniciativas para celebrar Exposiciones de carácter provincial que dieran fe de los avances realizados en esta tierra andaluza. En efecto, los años 1848, 1857 y 1862 marcaron la celebración de sendas Exposiciones. A través de ellas podemos apreciar ese impulso adquirido durante las décadas centrales del siglo y, con ciertas precauciones, intentar una aproximación a la realidad económica de la provincia durante la era isabelina. Pero, de momento, centraremos nuestra atención en la última de las Exposiciones citadas, la de 1862, cuyas características nos la presentan como especialmente interesante.

### 3.–La Exposición de Málaga de 1862.

La convocatoria y organización del certamen estuvo a cargo de la Sociedad Económica de Amigos del País, que contaba ya con la experiencia similar de 1848. La idea había surgido en 1858 a raíz de la visita a Madrid de una comisión que representaba a la Corporación Malagueña con motivo de la Exposición de Agricultura, pero las dificultades impidieron que se llevara a cabo hasta 1862. En este momento era director de la entidad D. Vicente Martínez Montes y secretario D. José Carvajal Hué, a quienes hay que considerar como los verdaderos promotores de la Exposición.

En febrero de 1861 se hizo público el programa «fijándose los meses de abril y octubre del año siguiente para la celebración de la Exposición que comprendía las industrias agrícolas y manufacturera, la ganadería, las Bellas Artes, la floricultura y premios especiales con destino a estimular la instrucción pública». Acto seguido, se inició una intensa labor de propaganda y gestiones cerca de productores, autoridades, corresponsales, etc., de forma que «ha sido imposible que ningún productor o artista ignore la Exposición cualquiera que sea el ramo de la industria o de arte a que dedique sus desvelos», (10).

Se celebró, en efecto, la primera fase de la misma en mayo de 1862 y se hacían preparativos pa-

(6) Ramón de la Sagra. *Carta a Mr. Blanquí, miembro del instituto real de Francia y comisionado del gobierno francés para estudiar la exposición de productos de la industria española*. «Boletín de empresas dedicado al mayor y más rápido acrecentamiento de la riqueza pública», núms. 29, 30 y 31 (11, 18 y 25 de junio de 1845), pp. 229-230, 237-240 y 245-247. (Las referencias en las pp. 237-238).

(7) Cf. J. NADAL.–*Industrialización y desindustrialización del sureste español, 1817-1913*. «Moneda y Crédito» núm. 120 (marzo de 1972), pp. 30-33. Sobre los orígenes de la siderurgia de Río Verde puede consultarse mi artículo *Fundación de las ferrerías «La Concepción» y «El Angel de Marbella»*, aparecido en el «Anuario de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Granada», núm. 4-5 (1977-1978), pp. 285-293.

(8) Ramón de la Sagra. *Opus cit.* pp. 239 y 247.

(9) Nadal J.–*Art. citado*, pp. 53-59.

(10) *Memoria de la Exposición Provincial...*, p. 102.

ra la segunda cuando llegó a Málaga la noticia de la visita a la ciudad de los Reyes precisamente en el mes de octubre. «La Sociedad, llena de entusiasmo, comprendió que no debía escasear sacrificios de ningún género por presentar a los ojos de la Reina las riquezas del país con el decoro necesario y siendo el primer inconveniente la falta de local, resolvió construir uno exprofeso con las dimensiones y distribución necesarias a la agricultura, a la industria y a la ganadería. En poco más de un mes se levantó la obra y estuvo dispuesta a albergar dignamente a los regios huéspedes que venían a inaugurar la Exposición de Octubre, dándole mayor esplendor con su presencia», (11).

En efecto a la entrada del Paseo de Reding fue levantado un elegante edificio de planta octogonal y unos tres mil metros cuadrados de extensión con salones para la agricultura y la industria y grandes corrales y tinglados para la ganadería, cuya inauguración presidió la Reina el 17 de octubre, (12).

Pero dejemos estos aspectos formales y vayamos al contenido de la Exposición guiados por la valiosa Memoria que de la misma hizo el Secretario de la entidad organizadora, quien además tuvo el acierto de efectuar su análisis de modo comparativo respecto de la de 1848, para de esta manera «presentar el cuadro de la de 1862 y los adelantos hechos por la provincia en este período», (13).

#### *A)–Sector agrícola y ganadero.*

Lo más notable sin duda es el considerable avance de la caña de azúcar que «ha tomado tal incremento y tiene tan ancho provenir que se prevé con razón ha de llegar a ser la primera industria agrícola de la provincia». Su cultivo se desarrolla en tres zonas que comprenden: la primera a Nerja, Frigiliana y Maro; la segunda a Torrox, y la tercera a Torre del Mar y Vega de Vélez. La producción media anual se estimaba en 500.000, 350.000 y 700.000 arrobas de caña respectivamente. En la Exposición llamaron la atención los ejemplares de caña de Vélez, Torrox y Vega de Málaga (14), presentados por lo Sres. Souviron, Sánchez Navarro, Marqués de Duero, Larios, Herrero, Casado y Viuda de García.

Paralelamente a este impulso y en buena parte sirviéndole de estímulo se había producido un gran desarrollo de la industria azucarera, establecida lógicamente en las zonas de producción de caña antes citadas. Junto a los antiguos ingenios y pequeñas fábricas que subsistían de épocas pasadas en la zona de Nerja, Frigiliana y Maro, habían surgido más recientemente establecimientos modernos como el de San Rafael en Torrox, la fábrica «Nuestra Señora del Carmen» en Torre del Mar», pertenecientes ambos a la Casa Larios, la gran impulsora de la industria azucarera en la costa malagueña de Levante y proyéctandose incluso hacia la provincia de Granada (fábrica «Nuestra Señora de la Cabeza» de Motril). Por supuesto que los productos presentados por esta familia, junto a los procedentes de la nueva fábrica de molienda y refino construída por los Heredia en Málaga, fueron los más celebrados.

(11) *Ibidem*, p. 103.

(12) La estancia de la Reina puede seguirse con detalle a través de la prensa local –«El Avisador Malagueño» por ejemplo– o en el libro *La Reina en Málaga. Descripción de los arcos de triunfo, monumentos, adornos y vistas más notables que ha habido en Málaga y en el límite de su provincia durante la estancia en ella de S. M. la Reina doña Isabel II y su real familia en octubre de 1862*. Málaga, 1862. Imprenta del Correo de Andalucía.

(13) *Memoria de la Exposición . . .*, p. 105 (En adelante y salvo indicación contraria las citas se refieren a este documento que constituye la fuente básica de nuestro trabajo).

(14) Se recuerda que en la vega de Málaga el cultivo de caña aún no está muy extendido (*Ibidem*, p. 111).

Además de las muestras de azúcar destacaron tanto por su calidad como por la elegancia del envase las pasas de la hacienda de Vezmiliana propiedad del Sr. Díaz Zafra y las presentadas por los Sres. Lanza, González y La Chica de Vélez, y Souviron, Casado, Almoní y Huelin de Málaga; la colección de cereales, almendras, aceitunas, naranjas y otros frutos enviadas por el pueblo de Alora y la del Marqués del Duero, distinguido agrónomo, que ofreció una importante muestra de cereales cañas, ñame, cacahuete y algodón de sus haciendas de San Pedro de Alcántara.

En el capítulo de plantas exóticas fueron premiados los ejemplares de aguacate verde y negro, de bambú, pistacho y otros, presentados por D. Rafael Gorría y los de ananas aclimatados por el Sr. Chamoussat, jardinero de D. Jorge Loring. Llamó la atención, sin embargo, la ausencia de cochinita, producto que hasta fechas recientes había constituido una riqueza importante para la comarca, pero que «ha ido decreciendo hasta desaparecer recientemente por completo en razón de no poder sostener la concurrencia con otros climas como los de Canarias y de haberse también modificado las condiciones de existencia de la industria a que se aplicaba», (15).

Finalmente, hay que señalar el decaimiento de dos productos agrícolas: el aceite y el vino. El primero de ellos nunca tuvo verdadera importancia en la provincia puesto que Málaga se limitaba a exportar el procedente de las zonas vecinas del interior. Pero el caso de los vinos es bien distinto ya que se trata de «la primera riqueza de Málaga». A juicio del Sr. Carvajal Hué, la triste situación del momento es consecuencia de «abusos y malas artes de los productores» que adulteran los mostos con mezclas de otros jugos y desacreditan así no sólo la marca, sino los vinos de Málaga en general. El mal, sin embargo, no se patentizó en la Exposición, a la que llegó una riquísima colección de vinos añejos conservados por casas prestigiosas, que fueron premiados y encomiados por los asistentes.

El positivo juicio que hace el secretario Carvajal Hué de la agricultura en general «cuyos rápidos adelantos —dice— han llenado de orgullo a la Sociedad Económica», lo extiende igualmente a la ganadería pero en este caso los progresos logrados «han constituido una agradable sorpresa, porque ni esperábamos ver tales mejoras en las castas indígenas ni tanta abundancia de ganado en las exóticas». Los premios de este apartado correspondieron a los Sres. Márquez Navarro de Alora «por sus cerdos Berkshire y sus ovejas de sangre inglesa y sajona»; al Sr. Alarcón Parreo «por sus cabras maltesas» y al Sr. Lachambre por las del Thibet. Los ejemplares de ganado lanar del Marqués del Duero y Sr. Alarcón, de vacuno de los Sres. García del Cid y Salazar, de cerda del referido García del Cid y de D. Domingo Meli, y caballo de D. Andrés Parladé, D. Rudolfo Grund y D. Francisco de Paula Martín Mellado obtuvieron idénticas distinciones. Se resalta, en fin, que «la afición a la industria pecuaria, que estaba completamente muerta, principia a animar a los propietarios de nuestra provincia que comprenden la importancia que tiene por sí y como auxiliar de la agrícola».

### *B) —Sector industrial.*

Sin restar importancia a la producción agrícola, será principalmente en el terreno de la industria donde podremos apreciar con mayor nitidez el grado de modernización de la economía mala-

(15) Sobre las características de este insecto y su crianza así como los esfuerzos para su introducción en Málaga véase J. de Presas, *Introducción para el cultivo de la planta nopal o tuna higuera y cria de cochinita*. Málaga, 1825; y *Cédula real para la cria de la cochinita y fomento de la misma por parte del Real Consulado*. Málaga, 29 de marzo de 1829.

gueña. Por otra parte, el análisis de los objetos presentados en la Exposición nos permitirá establecer una relación de las fábricas existentes y hacer algunas observaciones sobre la coyuntura por que atravesaban los ramos más importantes.

Parece obligado comenzar por la siderurgia y los textiles, sectores básicos en el proceso de industrialización.

*Siderurgia.*—Cuatro establecimientos componen el ramo: las dos ferrerías de la Casa Heredia, —«La Concepción, situada junto al Río Verde, cerca de Marbella, que databa de 1826, y «La Constancia», construida en 1833 en las inmediaciones de Málaga, junto a las playas de San Andrés— y las dos pertenecientes a la Sociedad del Angel situadas igualmente en Río Verde y Málaga, la primera gemela de «La Concepción» y la segunda fundada en 1841. Las fábricas de Heredia son analizadas minuciosamente en la Memoria; se recuerdan sus orígenes, se describen sus métodos de producción, sus secciones y maquinaria; se contabilizan sus trabajadores, etc. Más resumidamente se pasa revista a los establecimientos de «El Angel», cuyos productos son también encomiados. Pero en ambos casos se echa de menos alguna alusión al problema de los hierros malagueños, seriamente planteado desde comienzos de la década de los cuarenta cuando surge la polémica entre Manuel Agustín Heredia y los empresarios asturianos a propósito de los derechos arancelarios sobre el carbón mineral, polémica resuelta conforme a los deseos de estos últimos quedando así herida de gravedad la industria férrea meridional, (16). Este olvido, sin embargo, puede explicarse si tenemos en cuenta que el autor de la Memoria fue un decidido partidario del libremercado, postura que chocaba frontalmente con las ideas proteccionistas de los ferreteros malagueños expresadas constantemente en memoriales, peticiones al Gobierno, exposiciones a las Cortes, etc. (17). Seguramente Carvajal Hué no quiso abordar la cuestión en este momento con el fin de evitar roces, pero de alguna manera expone su pensamiento sobre el tema en otro apartado de la Memoria. Refiriéndose al hundimiento de una fábrica de papeles pintados establecida en Torre del Mar, dice que adquirió gran desarrollo «gracias a los privilegios del arancel que la dejaban libre de la concurrencia francesa; pero en cuanto sufrieron modificación los derechos de aduana y mejores y más baratos pudieron entrar los productos de la fabricación extranjera, principió a decaer, contribuyendo también no poco a su muerte la absorción de capitales superiores a su verdadera importancia», hecho que califica de «lección elocuentísima para los industriales que fian su fortuna a los caprichos del arancel y para los gobiernos que los engrían sin utilidad y luego los matan sin compasión», (18).

Pero volviendo a la Exposición recordemos los productos presentados por las ferrerías. De «La Constancia» fueron admirados «primorosos objetos de arte en hierro colado, figurando diversos animales, estatuas, frutos y flores del mejor gusto»; balaustres y antepechos fundidos; un preciososillón de hojas de parra; chapas de cobre y hierro dulce y estufas de varias clases y dimensiones. Entre los del «Angel» se distinguieron «cuatro arados de diferentes sistemas acabados con arreglo a los últimos adelantos en esta materia», (19).

(16) Nadal, J.—*Industrialización* . . . , pp. 41-45.

(17) Tengo en elaboración un trabajo sobre el proteccionismo de los industriales malagueños del siglo XIX. Las primeras manifestaciones del mismo, aparecidas en 1840 están resumidas en mi libro *Málaga en los comienzos de la industrialización: Manuel Agustín Heredia (1786-1846)*. Córdoba, 1978, pp. 101-104.

(18) Carvajal Hué escribió varios artículos bajo el título *Del sistema protector y del libremercado* en el «Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País de Málaga». En ellos defendía la libertad de comercio, postura que fue adoptada oficialmente por la Corporación.

(19) Ciertamente, la muestra presentada en la Exposición por las ferrerías no puede darnos una idea exacta de los tipos de hierros que se producían, pero como ya señaló Nadal (*Industrialización* . . . pp. 34-35) a partir de 1840 La Constancia hubo de diversificar sus productos y dedicarse a hierros elaborados, más protegidos por los aranceles.

Registremos finalmente, dentro del sector siderometalúrgico, un establecimiento de reciente creaciones (1856): la fábrica de «San Ramón» que se dedicaba «además del aserrado de maderas a máquina de que ha presentado diferentes muestras, a la fundición de hierro y bronce, construcción y reparación de maquinaria de todas clases y fabricación de clavos» así como a la «fabricación de maquinaria para la elaboración de azúcar». En la Exposición fueron premiadas unas prensas de aceite y se recordó el galardón obtenido en otro certamen regional por unas norias de hierro inventadas por los Sres. Smith y Pérez.

*Textiles.*—Uno de los logros más destacados en este proceso industrial que vive Málaga en estos años centrales del siglo XIX lo constituye, sin duda, la implantación de una industria textil algodonera, hecho ocurrido con posterioridad al surgimiento de la siderurgia.

El primer establecimiento de envergadura era la fábrica denominada «Industria Malagueña, S. A.», fundada en 1846 por las familias Heredia y Larios, (20) para dedicarla a la elaboración de hilados y tejidos de algodón y lencería. En poco tiempo se convirtió en el segundo centro español de los de su clase, produciendo anualmente 200.000 piezas de algodón, 25.000 de lencería y 300.000 libras de algodón torcido. Contaba con una moderna maquinaria y daba trabajo a unas 2.000 personas, (21).

Diez años más tarde, en 1856 se inició la construcción de «La Aurora» inaugurada dos años después, que también se dedicaba a los hilados y tejidos de algodón y a los tejidos de lino y cáñamo. Contaba con 350 telares movidos por dos máquinas de vapor y ocupaba entre 700 y 900 operarios. Su propietario era Carlos Larios (22).

En conjunto, estas dos empresas tenían un peso específico muy notable en la vida económica malagueña. Baste señalar que ocupaban a cerca de 3.000 obreros y alentaban a otras industrias accesorias. En la Exposición se pudo examinar una amplia gama de sus productos, pero en el ánimo de todos estaban presentes las dificultades por que atravesaba el sector: problemas en el abastecimiento de materia prima (algodón, que se importaba de los Estados Unidos, entonces en guerra) y de combustible (de procedencia inglesa), aparte de la incidencia sobre el sector de otros factores negativos (epidemias, malas cosechas, comunicaciones deficientes, etc.). No obstante, se pone de relieve la habilidad de los empresarios para capear el temporal y mantener en actividad unos establecimientos tan vitales para la ciudad.

El surgimiento de estas modernas factorías llevó consigo la desaparición de los antiguos talleres de telares manuales «que se veían por todas partes y que siempre arrastraban una vida pobre y lánguida ante la abrumadora concurrencia de los lienzos extranjeros, preferibles a pesar de su mayor costo». Había sin embargo una excepción: la fábrica de lencería de Coín establecida en 1856 por los Sres. Fernández Salgado, quienes tuvieron «la idea feliz y salvadora de encomendar(la) a mujeres». El menor coste de la mano de obra femenina permitía disminuir los precios y obtener buena salida para los productos. En 1862 había 110 telares montados y 200 mujeres empleadas.

Más sombríos son los rasgos que presenta la industria sedera, de larga tradición en la ciudad,

20) Sobre los orígenes de este establecimiento véase LACOMBA, J. A.—*Acta de nacimiento de una empresa: «Industria Malagueña, S. A.» en «Gibraltar»* número 25 (1973), pp. 97-120.

(21) Datos de Carvajal Hué incluidos en la Memoria de la Exposición, p. 116.

(22) *Ibidem.* Cf. también Nadal, J.—*Industrialización...* pp. 52-53.

(23). En este caso no se trata de problemas coyunturales porque la decadencia viene de muy atrás y se acusa progresivamente. La competencia extrañjera con productos de menor precio gracias a las adulteraciones y a los adelantos en los métodos de fabricación, los crecientes costos de producción en nuestra tierra debido a la carestía de las sedas y al aumento de los jornales y la restricción del consumo son, a juicio de Carvajal Hué, las causas del declive. El resultado ha sido que una tras otra las fábricas se han ido cerrando y muchas familias de trabajadores y de fabricantes se han hundido en la miseria. «De más de 200 telares que trabajaban incesantemente hace pocos años, apenas quedan hoy 25 en las fábricas de los Sres. Viuda de Moreno Avilés y Souviron Hermanos, cuyos tafetanes, sargas, alepines, paños de seda, felpas y pañolería expuestos en el concurso de octubre se han distinguido, sin embargo, por sus inmejorables calidades que sostienen la antigua reputación de las fábricas de Málaga».

*Químicas.*—En este sector, por el contrario, la situación parece halagüeña. En la Exposición estuvieron presentes los dos principales establecimientos: la fábrica de productos químicos de los Sres. Heredia, construida en 1846 junto a la ferrería de «La Constancia» y la fábrica de Olletas, creada en 1840 por D. Jorge Origoni y comprada cuatro años después por D. Joaquín María Canales. La primera presentó muestras de «ácido sulfúrico, nítrico, muriático y esteárico, barrilla artificial y sulfato de sosa, sulfatos de cobre y hierro y flor de azufre». La segunda, premiada ya en la Exposición de Londres de 1851, se encontraba en su momento de apogeo, distinguiéndose en la elaboración de «ácido cítrico», producto muy competitivo en los mercados internacionales, y también en la obtención de aceite de almendras, esencias y «en general todas las aguas medicinales para el surtido de la farmacia».

*Otras.*—Finalmente, citaremos en este último apartado del sector manufacturero un grupo muy heterogéneo de industrias.

Muy conocida y admirada era la fábrica de abanicos y estampas de litografía del Sr. Mitjana. Fundada en 1825, sus progresos no habían cesado hasta el momento. Comenzó elaborando abanicos de caña, barajas y obleas. En 1830 inició también la fabricación de abanicos de madera, litografías y envases para pasas. En 1853, poco después de la muerte del fundador, su hijo empezó a fabricar abanicos de hueso, marfil, nácar y maderas finas, perfeccionando los métodos de aserrado con la introducción de máquinas de vapor. En los días de la Exposición se estimaba la producción media anual en más de 200.000 abanicos, de 400 a 500.000 estampas y un número considerable de envases para pasas. Ocupaba entre 450 y 500 trabajadores, hombres, mujeres y niños. La fábrica de Mitjana, como señala Carvajal Hué, era un «justo motivo de orgullo para Málaga», competía con las mejores del extranjero, había obtenido importantes galardones en varias exposiciones nacionales e internacionales, entre ellas la de Londres de 1851, y sus productos encontraban en cualquier parte una entusiasta acogida.

Otras industrias de reciente creación presentes en la Exposición fueron: la fábrica de bujías esteáricas de los Sres. Garret, Sanz y Cía., cuyos productos se hicieron acreedores de medalla de plata; la de conservas alimenticias de los Sres. Gayen y Paseti, de gran calidad y baratura, y la de herraduras del veterinario D. Juan de Dios Mezquita. La fabricación de papeles pintados, de tan extraordinaria pujanza a mediados de siglo, había entrado en franca decadencia por las razones ya apuntadas.



La relación, sin embargo, quedaría incompleta si no se aludiera a la elaboración de licores finos (Sr. Guardia), chocolates (López Hermanos), curtidos (Sres. Enríquez, Isern, Isasi, Cámara), sombreros (López de Uralde), pianos (Casielles), sillería (Cadenas) y otros ramos apenas representados en la Exposición como las bayetas de Antequera (de las que solo hubo una muestra procedente de la fábrica de los Sres. Sanz) y los jabones, producto que adquirió gran desarrollo desde finales del siglo XVIII pero ahora en dificultades por la competencia de los mallorquines.

*C)–Bellas Artes, Floricultura e Instrucción Pública.*

Un tercer apartado de la Exposición estaba dedicado a las Bellas Artes, Floricultura e Instrucción Pública, aspectos un tanto marginales para nuestro objeto, por lo que daremos una breve reseña.

El culto a las Bellas Artes no parece que estuviera muy extendido en Málaga, ciudad que en palabras de Carvajal Hué, «ha hecho muy poco por los artistas», viéndose obligados los que en ella nacieron a emigrar en busca de ambientes más favorables. Algún estímulo –dice– han supuesto las Exposiciones de 1848 y 1857, así como el establecimiento de una Escuela de Bellas Artes, pero –reconoce– el certamen de 1862 daba lugar aún a «sentidas reflexiones sobre la falta de artistas». Sólo las obras enviadas desde Madrid por el paisajista Carlos Haes y su discípulo Manuel Criado y Baca, más algunas pinturas del joven Camps, las litografías con temas de la guerra de Africa de Vallejo y los retratos del profesor Angel Romero merecieron ser destacados por el Secretario del certamen que significativamente dedica la mayor parte de su comentario a ensalzar el genio de Rafael, Murillo y Velázquez con motivo de algunas copias de sus obras que allí fueron expuestas. Los trabajos presentados por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes infundieron grandes esperanzas pero se estimaba indispensable la ampliación y perfeccionamiento del Centro elevándolo de categoría y dotándole de nuevas cátedras, única forma de impedir el éxodo de artistas.

En cuanto a la sección de floricultura el éxito fue completo. Plantas y flores de todos los climas y latitudes, reproducidas en el privilegiado suelo malagueño, se dieron cita en este certamen de belleza y colorido.

El desarrollo de la instrucción pública, una de las preocupaciones más constantes de la Sociedad Económica, tampoco quedó olvidado en esta ocasión, repartándose premios y menciones a profesores y alumnos de las clases de comercio y de instrucción primaria que se distinguieron por su aplicación y celo.

*4.–Conclusiones: La economía malagueña a finales de la era isabelina.*

Resulta obligado finalizar planteándose algunos interrogantes. En primer lugar ¿qué representa la Exposición de 1862 en la vida económica malagueña y nacional de estos años finales del reinado de Isabel II? ¿Cuáles son las «circunstancias extraordinarias» que hacen de ella «una fecha de grata recordación en la historia económica de nuestra provincia» como quiere el Sr. Carvajal Hué? En segundo lugar, ¿hasta qué punto la Exposición nos permite calar en la realidad económica provincial de aquel momento? ¿Qué puede vislumbrarse a través de lo presentado en ella.

Como dice J. Fontana, a propósito de la Exposición Universal de Barcelona de 1888, para cono-

cer la situación real de una economía, es preciso observar directamente el estado de su producción agraria e industrial, de su comercio y de sus finanzas, porque todo lo demás puede inducirnos a engaño, (24). Ahora bien por lo que se refiere a Málaga y en tanto se lleva a cabo esa primordial y compleja tarea, parece lícito hacer algunas consideraciones, de valor provisional, sobre la base de los datos que ofrece el certamen que nos ocupa.

Respecto a la situación del campo hay indicios para detectar una postración bastante generalizada sobre todo en el interior de la provincia, postración que no logran disimular ni el esplendor de la caña de azúcar ni las «ricas colecciones de frutos» procedentes de haciendas situadas cerca del litoral. En la propia Memoria de la Exposición se alude a un hecho significativo, la ausencia casi total de los pueblos de la provincia que, a pesar de las sucesivas invitaciones de la Sociedad Económica, «han permanecido sordos a su llamamiento», (25). Aunque el Sr. Carvajal atribuye este retraimiento a la venida de los Reyes, «que absorbía la atención pública aun en aquellos pueblos que no iban a atravesar» y a la «falta de costumbre y de conocimiento de lo que es una Exposición», sus razones no parecen muy convincentes y nos inclinamos a pensar más bien en la atonía y el malestar de unas comarcas donde quizá no se habían apagado todavía los ecos de la «revolución de Loja» del año anterior, (26).

Las irregularidades –adulteraciones– que han afectado al sector vinícola con la consiguiente pérdida de calidad y prestigio; el cierre del mercado americano de la pasa con motivo de la guerra civil, y el deficiente estado de las comunicaciones terrestres no han hecho sino agravar la crisis. De ella se hizo eco la prensa de la época que cifra sus esperanzas de recuperación en la llegada del ferrocarril: «Da pena ciertamente ver el estado de paralización de los trabajos y faenas del Muelle y la poca concurrencia de buques en nuestro puerto. Se pasan semanas sin que se haga una faena, y ni aún en los meses de cólera había tanta desanimación. Lo mismo la importación que la exportación disminuyen considerablemente, y de ello son elocuentes pero tristes prueba los rendimientos de nuestra aduana que alcanzan una baja muy sensible. Y lo peor es que no vemos un pronto remedio a tanto mal pues más bien se agravan que no cesan las causas que la motivan. La principal, sin duda, es la ausencia de artículos de importancia que han buscado su salida por otros puntos, y esto hasta que tengamos el ferrocarril no puede evitarse en cierto modo. Cuán grande, pues, debe ser el interés de todos por alcanzar aquel resultado, no hay que ponderarlo, ya que desgraciadamente no nos sea posible hacer lo más mínimo porque desaparezca otra causa poderosa de tan visible decadencia cual es el estado en que se hallan los Estados Unidos de América», (27).

Si pasamos al sector industrial, también las dificultades hacen su aparición. Lo más grave es la crisis de la siderurgia abocada ya a una clara descomposición. Como ha señalado J. Nadal, precisamente en estos años sesenta en que se inicia el último tercio del siglo, se produce el hundimiento de las ferrerías meridionales que durante tres décadas habían detentado la hegemonía de la producción férrea nacional, (28). Incapaces de sostener la competencia que les habían planteado las nue-

(24) *Setanta-cinquè aniversari de l'Exposició Universal del 1888*. En *Llibre de l'any 1963*. Barcelona, 1963, p. 109.

(25) «Fuera de la capital puede decirse que no han comprendido el interés de la Exposición sino las poblaciones de Vélez, Coin, Alora, y Marbella. Los demás partidos o no han enviado nada o han estado medianamente representados». (*Memoria de la Exposición*. . . , p. 104)

(26) Sobre los ecos de la citada insurrección en la provincia de Málaga vid. NADAL SANCHEZ, A. – *Málaga en la revolución de Loja de 1861*. «Jábega» número 7 (1974), pp. 57-64. Recuerdese que con el viaje de la Reina por la provincias andaluzas se buscaba principalmente «levantar el espíritu monárquico y dinástico que se consideraba muy caído en este país, conjurar el peligro de una revolución política social que amenazaba destruir el orden existente». GUICHOT, J. – *Historia de Andalucía*. Sevilla, S. A. Tomo VIII. pp. 95-97.

(27) «El Avisador Malagueño», 28 de junio de 1862. (Citado por J. AGUADO SANTOS, *Málaga en el siglo XIX. Comercio e industrialización*. «Gibralfar», número 26 (1974), p. 57)

(28) Cifras sobre el descenso de la producción en el trabajo de J. Nadal, *Los comienzos de la industrialización española: la industria siderúrgica en Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*. Madrid, 1970, p. 228.

vas fábricas asturianas, (29) los establecimientos malagueños (o andaluces, pues otro tanto se puede decir de los altos hornos sevillanos de «El Pedroso») mueren o arrastran una vida lánguida. Un nuevo revés en la batalla proteccionista, la reforma arancelaria de noviembre de 1862, originó el cierre de la ferrería del Angel, mientras La Constancia «haciendo honor a su nombre» se mantenía sólo con la ilusión de contar algún día con el carbón de Belmez y Espiel, (30). Cuatro años más tarde, con motivo de una encuesta realizada por el Gobierno con vistas a una nueva modificación de los aranceles, la Casa Heredia, propietaria de La Constancia, anunciaba que «cualquier otra reducción en los derechos (de introducción de hierros) aunque sea corta, pondría a esta empresa en la obligación de liquidar con preferencia a seguir trabajando con pérdida», y expresaba una vez más su esperanza de revitalizar la industria en un futuro próximo con la llegada del carbón cordobés, (31).

El caso de la industria textil algodonera no parece tan alarmante. Sus dificultades eran puramente coyunturales y de hecho la producción siguió aumentando a lo largo de estos años y los siguientes hasta el quinquenio 1881-1885 en que se inicia el declive coincidiendo con la extensión de la filoxera por el campo malagueño, (32). Pero la sedería estaba prácticamente muerta, (33).

Entre las restantes actividades fabriles hay algunas que parecen prósperas —químicas, alimenticias, abanicos y litografías—, pero otras que se mostraron pujantes en fechas anteriores —jabones, papeles pintados, paños y bayetas— están perdiendo posiciones.

En definitiva, todo parece indicar que la época brillante de la economía malagueña que se inició al filo del 1830 está llegando a su fin. La Exposición de 1862 fue, seguramente, la última manifestación del importante impulso adquirido durante el segundo tercio del siglo. Su brillante colorido, la presencia de los Reyes, el esfuerzo realizado por entidades y particulares pueden dar una imagen optimista y falsa. Es cierto que existió un progreso, un avance considerable, pero la solidez de la economía no era grande. A principios de la década del ochocientos sesenta se está abriendo paso una crisis que la conmoción financiera de 1866 agravará seriamente (34). Dos años después, al producirse el derrocamiento de la monarquía, la nueva realidad política dejaría al descubierto fuertes tensiones sociales, fiel reflejo de una estructura desequilibrada.

(29) *Ibidem*, pp. 231-233.

(30) *Ibidem*, p. 232.

(31) *Información sobre el derecho diferencial de bandera y sobre los de aduanas exigibles a los hierros, el carbón de piedra y los algodones, presentada al Gobierno de S. M. por la Comisión nombrada al efecto en Real Decreto de 10 de noviembre de 1865*. Tomo II Hierros. Madrid, 1867, p. 28.

(32) NADAL, J.—Industrialización. . . pp. 53-54. Para la incidencia de la filoxera cf. LACOMBA J. A.—*En Málaga a fines del siglo XIX-filoxera, desindustrialización y crisis general*. «Gibralfaro», número 26 (1974), pp. 91-128.

(33) NADAL J.—*Industrialización*. . . pp. 46-49.

(34) Está aún por estudiar monográficamente la crisis de 1866 en Málaga, tema que aclarará muchas cosas. Para Manuel Titos «la crisis de 1866 afectó de una forma decisiva y definitiva al sistema bancario andaluz y seguramente es también el año clave de su ruptura industrial, marcando la entrada en un subdesarrollo global que dura más de 100 años». (*Panorama general de la Banca en Andalucía en el siglo XIX*. Comunicación presentada al I Congreso de Historia de Andalucía. Córdoba, 1976).